

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooo Mahón, 13 de Noviembre de 1924 ooooooooooooo

OCASIONES PERDIDAS

En el juego de recobrar lo perdido hay un límite de tiempo.

A los diez y siete años, el porvenir nos parece un mundo no explorado, y un tiempo sin confines.

Pero a los treinta y siete o a los cuarenta y siete, ha cambiado la perspectiva.

Miramos el porvenir con ojos más expertos, y nos sobresaltamos al ver que el tiempo tiene valledares.

Volvemos la vista a las oportunidades que hemos dejado escapar—a las cosas que hicimos y que no debemos hacer, a las que dejamos de hacer y debimos haber hecho—a las largas horas empleadas en trabajos que han resultado infructuosos.

Y la tarja nos marca los puntos perdidos.

Estamos en la cumbre de la loma—hemos llegado a la mitad del juego—; para ganar debemos capitalizar el porvenir con la experiencia adquirida en el pasado.

Pero no debemos dejarlo para mañana.

No podemos desaprovechar una sola oportunidad.

Hay un límite—un límite de tiempo—y cada día, cada hora, cada minuto, disminuye nuestras probabilidades de ganar puntos en el juego del recobro.

No nos conviene llegar a fin de año sin saber si ganamos; si estamos empatados o si perdemos puntos.

Un año tiene 365 días preciosos, 8.760 horas—los mejores días y las mejores horas de nuestra vida—y no nos es posible hacer que vuelvan las que han pasado.

Si perdemos, necesitamos saberlo hoy a fin de poder cambiar de «triumfo» mañana.

Y en la semana próxima nos convendrá saber el efecto de ese cambio.

Si nos ponemos a investigar, hallaremos que una gran parte de todos los fracasos se debe, no a falta de ambición, de aptitudes o de trabajo, sino más bien al desconsuelo que tiene cada uno de su verdadera situación en el negocio que tiene entre manos.

Si seguimos investigando, nos convencemos de que la mayoría de modestos comerciantes se componen de hombres aptos y laboriosos que trabajan a tientas, en la obscuridad, con los ojos vendados, esperando que termine el año para saber si han ganado o si han perdido puntos en el juego del recobro.

Y hallaremos que el hombre que gana, el que hace más puntos, es el que trabaja menos y piensa más: el que tiene método en su negocio, el que establece un buen sistema de contabilidad, el que sabe a cuál de sus dependientes hay que aumentar el sueldo y a cuál hay que despedir, el que sabe de que artículos conviene desprenderse y de cuáles hay que hacer acopio.

Ese es el hombre que sabe cada semana lo que ganó o perdió en la semana anterior.

Este sabe administrar.

Y to los tenemos ocasión de hacer lo mismo.

Lo que él hace podemos hacer nosotros; tenemos la misma ambición, la misma aptitud, la misma energía.

Pero debemos hacerlo pronto; hemos llegado a la cumbre de la loma, y... en el juego del recobro hay un límite de tiempo.

J. R. WORDEN.

VULGARIZACIONES DE HIGIENE

Los baños de aire y los baños de sol

Hace algún tiempo no se podía hablar de los baños de sol o de aire sin que le tomasen a uno por loco. Ahora ya bastante gente va aprovechándose, afortunadamente, de los bienes que la Naturaleza nos prodiga, y aprendiendo a sacar de ellos salud, capacidad de tra-

bajo y alegría física, o sea, dicho en otros términos, la alegría de vivir.

De todos los dones de que nos hace merced la Naturaleza, el aire es el más indispensable. Podemos resistir un tiempo, relativamente, muy largo sin comer o sin beber o sin descansar; pero privados de aire no podríamos subsistir pasados cortísimos minutos. Con esto solo basta para darse cuenta del papel tan importante que representa para nuestra salud el aire.

Los rayos solares destruyen una enorme cantidad de microbios y gérmenes de enfermedades, y pasando nuestra piel, las eliminaciones orgánicas se verifican más enérgicamente, la sangre gana en riqueza de glóbulos rojos y la disposición de nuestro espíritu se beneficia rapidísimamente.

No hay para que ocuparse de los baños que recomiendan algunos, cubriéndose con hojas verdes o envolviéndose en sábanas. Tampoco es nuestro objeto hablar de los baños, tan costosos, de luz eléctrica, ni de otros que suelen emplearse en las clínicas y sanatorios, generalmente para justificar unos honorarios injustificables. Nunca mejor dicho, que en este caso: «El sol sale para todos».

El mejor y más sencillo de todos los baños de sol y de luz es el que se toma sencillamente al aire libre, completamente desnudo y, de preferencia, al sol. La mayoría del público cree que únicamente en verano se pueden tomar baños de sol, y esto es un error: en invierno son más eficaces porque nos son más necesarios y más agradables.

Los primeros días, antes de estar acostumbrados a ellos, si se entra en transpiración, conviene que los baños de sol sean seguidos de un baño de agua o, por lo menos, de una vigorosa fricción. Cuando la piel está seca es menos peligroso el frío que cuando está húmeda. Para combatir el frío se hará algún ejercicio de gimnasia sueca o se aplicará sobre todo el cuerpo un energético frotamiento; si el frío es demasiado intenso, protéjase uno contra el viento y verá con sorpresa que, con tal de que el tiempo no sea húmedo, no se siente el menor frío al sol aunque se esté completamente desnudo. Al cabo de muy pocos días de seguir estas prácticas desaparecerá la impresión desagradable de desnudez que se nota al principio.

Los rayos solares no solamente calientan y tuestan la piel, sino que penetran profundamente en el cuerpo, en cambio son impotentes para atravesar una espesa capa de vestidos. De ahí el que se sienta menos frío desnudo al sol que vestido, con tal de que no sople demasiado aire.

Si no se dispone más que del dormitorio para tomar baños de aire, hay que elegir para dormitorio la habitación más amplia y ventilada de la casa, en vez de hacer de ella un salón para recibir a las amiguitas, que suelen luego bajar las escaleras de nuestro domicilio criticándonos. Durante el baño hay que cambiar de cuando en cuando de posición para que la luz ejerza su acción bienhechora sobre todo el cuerpo. Si cuando hace mucho calor necesitamos inactivos en el baño, se sale de él indolente y perezoso y entonces es muy conveniente tomar uno de agua fresca, para entonarse. Estos baños de sol para combatir el insomnio son excelentes, así como también para la obesidad, el catarro gástrico, los bronquios y la propensión a los resfriados y las pulmonías. Las personas anémicas, débiles o excesivamente nerviosas, así como las que sufren del corazón, deben empezar a acostumbrarse tomando el baño de aire en su habitación sin sol y de poca duración. Pero así como a nadie se le puede ocurrir bañarse en el agua sucia de fregar la vajilla, también el aire debe estar lo más puro posible. Los primeros días las personas que no sean muy fuertes tomarán el baño de aire con las ventanas cerradas, pero a condición de que la habitación haya sido previamente muy ventilada; luego, más adelante, uno mismo por instinto irá notando la necesidad de más aire; empezará por abrir las ventanas y después la puerta, aunque se establezca una

corriente de aire, hasta que por último, sentirá la necesidad del aire libre y encontrará un inefable placer en desnudarse en el mismo Puerto de Navacerrada, en Agosto o en Enero. La piel adquiere tal resistencia con la práctica de los baños de aire y de sol, que al poco tiempo podréis resistir las temperaturas más opuestas sin ningún inconveniente ni contratiempo.

Si en los primeros baños notáis que se os levantan algunas pequeñas escamas o ampollitas en la piel, no creáis que eso es nada grave, aunque se mude la epidermis a tiras; saldréis ganando; la nueva será más sana, más resistente, más bella y más apta para luchar contra las innumerables enfermedades que acechan al hombre que no sabe prevenirse contra ellas.

EL DOCTOR FRITZ.

Corazón de Rey

Aún hoy, cuando se habla de un Zar, se piensa, de ordinario, en un cruel tirano, un feroz opresor de sus súbditos. Pero podemos ver que entre los Zares los hubo que tuvieron alma buena y corazón dispuesto a socorrer los sufrimientos humanos.

La siguiente anécdota lo prueba:

Cuando se preparaban los festejos para la coronación del Emperador Alejandro de Rusia, el conde de Solkikow inició una suscripción entre la nobleza de Moscú, a fin de recoger una fuerte suma de dinero, destinada a dar mayor brillantez a las fiestas.

Pero cuando se enteró el Soberano, envió al conde un mensaje, que decía así:

«Me dicen que la nobleza de Moscú, animada por vuestro ejemplo, ha pensado recoger una gran suma para construir un Arco de Triunfo, que deberá ser erigido el día de mi coronación. En esa idea veo la prueba de una devoción, de la que estoy en extremo complacido, y os ofrezco, así como a la nobleza toda, la expresión de mis sentimientos de gratitud. Pero creo necesario deciros que considero supérflua toda suscripción que se haga con dicho objeto, tanto más cuanto que yo he señalado una suma bastante para subsanar los gastos que ocasionen las actuales circunstancias. Sin embargo, si se quiere unir los esfuerzos comunes, para fundar una obra útil en general (como pudiera ser una escuela, un hospital, un asilo, un refugio para pobres o enfermos), yo estaré muy orgulloso en compartir con la nobleza de Moscú el honor de semejante empresa».

He ahí un ejemplo noble.

He ahí un Zar que merece ser recordado, no entre los déspotas y tiranos, sino entre los bienhechores.

EL DEBUTANTE

Hay personas que tienen la suerte de venir al mundo teniendo ya marcado el camino que han de seguir.

El joven Campodoro, su «camino» era una especie de voz que él decía ser de barítono, voz que se había manifestado desde que tuviere Campodoro las primeras disensiones con su nodriza.

Muy niño era todavía nuestro héroe,

cuando ya se descubrió que había varias cuerdas en su arco; cuerdas vocales, naturalmente. Por lo cual se decidió que fuese artista. El joven Campodoro se puso a aprender canto, pero justo es decir que sus esfuerzos no fueron compensados con el tener genio. El timbre de su voz era deficiente; digámoslo de una vez: fué un cantante menos que mediano.

Sin embargo, su carrera hubo de ser un modelo de regularidad y de método. Hé aquí cómo:

El barítono Campodoro se había especializado en el repertorio de los teatros de provincia, esos teatros en donde aun existe la tradición de los «debuts» que ha de hacer el artista, sometiéndose al voto de los espectadores.

Campodoro se pasaba la vida haciendo «debuts», los cuales, el público nunca le consentía que llegasen al final de la representación. El primer acto se acababa, generalmente, bajo una tempestad de silbidos y gritos; Campodoro salía entonces de escena y se marchaba directamente a contaduría, en donde le pagaban el sueldo de aquella noche y una pequeña indemnización por cesar el contrato.

Cuando el fracaso se había repetido media docena de veces durante la sesión, ello le reportaba unos pequeños ahorros con que defenderse todo el año.

Pero un día pasó una cosa increíble.

Campodoro debutaba con la ópera *Gli Ugonotti*, en el teatro de Calamina. El primer acto se acabó, y, ¡oh maravilla de maravillas! el público, en vez de silbar, se puso a aplaudir.

Campodoro, ya sin esperarse a nada, como siempre, había entrado en su cuarto, y quitándose el traje de ópera se vestía el de salir a la calle, cuando se presentó el avisador, gritando:

—Signore Campodoro, aprisita, para el acto segundo.

—¿Cómo para el acto segundo?—pregunto sorprendido el barítono.

Naturalmente. Y es el acto de usted. ¿A que diantres espera?

—¡Pero si es imposible!—exclamó aterrado el barítono.

Desde hace diez años que me silban y me «descontratan» al concluir el primer acto. No se puede continuar, porque *yo no sé una nota de los demás actos!*

Y hé ahí por qué Campodoro resultó también con el contrato roto en la única ciudad en donde le habían aplaudido.

JOSÉ DE BERYS.

PENSAMIENTOS

El hombre es el artífice de su propia felicidad. Debe pensar bien antes de quejarse de las circunstancias, porque la culpa puede ser de su carácter. Si esto es agrio, y aquello es áspero, y lo otro duro, piense bien sino es debido a él mismo. Si su gesto es repulsivo, no se queje de que le traten con acritud; si anda mal, no se queje de la aspereza del camino; si no tiene fuerza en las rodillas, no se queje de que sea empinada la cuesta. Tal venía a decir en sustancia la inscripción que había en la pared de una posada sueca: «Hallaréis aquí buen pan, buena carne y buen vino si lo traéis vosotros mismos.»—Thoreau.

Dadme todo el dinero que la Humanidad ha gastado en guerras y vestiré a

todos los hombres, mujeres y niños con ropas que causarían envidia a muchos Monarcas. Dadme ese dinero y construiré una escuela en cada una de las aldeas que hay en todo el mundo. Dadme ese dinero y sobre todas las lomas y montañas del planeta edificaré templos consagrados al evangelio de la paz. —Charles Sumner.

— — —
 Cuando muere un hombre imprevisto, se lleva al morir la llave de la despena de la familia. Lo que no puede llevarse es una libreta de ahorros. Esta se queda, y le sirve de llave a la familia para abrir la despena.

Siembra una sugestión y cosecharás una idea. Siembra una idea y cosecharás un sentimiento. Siembra una idea y un sentimiento: la cosecha será una acción. Siembra una buena acción y adquirirás una costumbre. Siembra una costumbre: cosecharás carácter y salud. Siembra carácter y salud: cosecharás personalidad. Siembra personalidad y cosecharás influencia.—A. F. Sheldon.

Un pensamiento delicado es una flor que brota de la inteligencia.—Rollin.

Donde las dan las toman

El señor Ch..., senador yanqui, gran aficionado al deporte de darse de puñetazos y, sobre todo, muy vanidoso cuando concurría a una comida o a una fiesta de sociedad, echaba el ojo a sus vecinos y al que le parecía más infeliz le invitaba a boxear, así que siempre resultaba vencedor el señor Ch... y de ello se alababa viniese o no a cuento.

Uno de los vecinos, hombre de esos que se cobran las cuentecitas, y mejor si puede ser con réditos, convidó a comer al senador y también a un buen señor con una cara de primo que no se la merecía, el cual señor era y es, no obstante, un boxeador profesional.

Concluida la comilona, el señor Ch... se sintió con ganas de peleíta.

—A usted no le propongo nada—dijo al dueño de la casa—; pero al señor le propongo un ratito de boxeo.

—¿A mí?—preguntó el aludido con la cara más infeliz de su repertorio.—Pero si yo no entiendo de eso...

—Vamos, no se me haga usted el chiquito.

—Bien; por no desairar a usted... Más conste que...

—Déjese de excusas.

Los contendientes se ponen en facha, y a las primeras de cambio, ¡zás!; el senador penetra en un armario de luna con la velocidad de una bala.

Y como mano de santo: desde entonces el señor Ch... no ha vuelto a desafiarse a nadie.

¡Por si acaso!

Médicos no mal pagados

El doctor Israel, el famoso médico que operó al sultán, cobró por su trabajo 120.000 francos y 25.000 más para sus gastos. Igualmente 120.000 francos fueron pagados al doctor Lorens por la operación que hizo a una niña de Mr. Armour, de Chicago.

Reconociendo que esos dos casos son ejemplos dignos de respecto, recordamos que ha habido otros aún más respetables.

Jay Gould, el millonario americano, daba a su médico, como honorarios fijos 12.000 dólares al año, y en una ocasión en que su hija estuvo gravemente enferma, regaló al doctor 300.000 francos.

Rothschild no fué menos generoso. Una vez consultó al célebre Dupuytrea, y éste no quiso cobrar nada por la con-

sulta; pero el barón de Rothschild le forzó a aceptar una fuerte suma como resultado de una operación de Bolsa en que le había interesado.

El doctor Astley recibió en cierta ocasión, como recuerdo de su asistencia facultativa, el gorro de dormir de un enfermo. ¡Verdad es que dentro del gorro iba un cheque de 25.000 francos!

Pero jamás, que sepamos, médico alguno ha sido pagado como lo fué hace más de un siglo el cirujano que vacunó contra la viruela a la Emperatriz Catalina II de Rusia. El buen señor no recibió en pago de sus servicios nada más que ¡200.000 francos como honorarios, 40.000 para gastos de viaje!, una pensión vitalicia de 10.000 y el título de barón!

Fechas de algunos inventos y aplicaciones útiles

1530. Se inventó el torno de hilar.
 1543. Se fabricó el primer alfiler en Inglaterra.

1588. Se inventaron bombas y morteros.

1604. Se establecieron fábricas de cristal en Francia.

1608. Se usó el primer telescopio en Inglaterra.

1610. Se introdujo el té en Europa.

1626. Se inventaron barómetros y termómetros, se estamparon los primeros grabados en color y se importó el chocolate a Francia.

1633. Se inventó el molino de aserrar.

1654. Se construyó la primera bomba de aire.

1666. Se empezó a alumbrar y barrer las calles de Londres.

1669. Se representó la primera ópera en París.

1670. Se inventó la primera máquina para hacer medias.

1680. Se inventaron las bayonetas y paraguas.

1699. Se usaron escopetas para la Infantería.

1722. Se inventaron las bombas para incendios.

1731. Se publicó el primer periódico en París.

1738. Se forraron de cobre los primeros buques.

1746. Se descubrió la electricidad.

1749. Se inventó el método de hablar para los sordomudos.

1751. Apareció el primer anuncio de un periódico de Inglaterra.

1792. Invención del telégrafo.

1796. Se inventó la litografía, por Senefelder.

1798. Se descubrió el primer fósforo para hacer luz, y la ascensión del primer globo aerostático.

1807. El primer buque de vapor («Fultosis Jolly») navegó en el río Hudson.

1828. Se construyó el primer tranvía.

1829. Empezó a andar la primera locomotora de ferrocarril en los Estados Unidos.

1830. El primer ferrocarril construido en Inglaterra fué el de Manchester a Liverpool: se construyó el primer buque de vapor de hierro y se hicieron las primeras plumas de acero para escribir.

1839. Se hicieron los primeros sobres para cartas.

UN CHISTE

En una sastrería.—¿Le llevaste la cuenta a don Nicasio?

—Sí, señor.

—No le habrá gustado la visita.

—Yo creo que sí, porque me ha dicho que vuelva.

LAS PEQUEÑAS AVENTURAS DE PERET

(CUENTO PARA NIÑOS)

Pues señor... el caso fué que Peret marchó a la ciudad.

Peret era el hijo del tío Pere, y el tío Pere era un buen arrendador del señor don Pedro Pedrávez.

Peret vivió en la masada sus primeros años, enteramente al aire libre. A los tres de edad ya perseguía al gato arrastrándose por el suelo. Cumplió cuatro y ya salía al corral para perseguir a las gallinas: A los cinco se subió por vez primera a un árbol. Y a los seis aprendió a ir, provisto de un capazo, hacia el camino vecinal, y traer a casa una buena recolección de... «aquello» que indicaba indudablemente el paso de caballerías, y con lo que el tío Pere fertilizaba espléndidamente los árboles.

Llegó un día en que Peret hubo de ser llevado a la escuela. ¡Ay, Dios mío, qué catástrofe! Peret decía que no, que la escuela estaba oscura, que allí pegaban... no sé cuántas cosas terribles añadió. Pero aquella tarde mismo entró en la masada don Pedro Pedrávez, que venía a hacer la acostumbrada visita a su finca, y después a charlar un rato con sus caseros, vió a Peret tan cariacontecido y preguntó:

—¿Qué tiene este chico? ¿Está enfermo?

—No, señorito; es que mañana o pasado habrá de ir a la escuela y... como es la primera vez, está cariacontecido.

—Vaya, Peret... eso no es nada. ¿Quieres venir conmigo a la ciudad? Estarás con nosotros; te enseñaremos un colegio y si te gusta irás; pero si no te gusta, volverás aquí a la masada.

Peret abrió sus ojos enormemente. La proposición era seductora por demás. Don Pedro era muy bueno; doña Petra, su señora, quería mucho a Peret, pues no teniendo hijos, sentía mucho afecto al hijo de sus colonos, y le traía golosinas y juguetes. ¡Ahí era nada!, ir a la ciudad, donde hacían aquellos dulces tan sabrosos y aquellos juguetes de ensueño!

Pronto quedó combinada la cosa. Peret marchó en el auto de don Pedro, bien mudadito de ropas, bien vestidito, y lleno de recomendaciones de sus padres,

—Que no hagas hablar.

—Que te portes bien.

—Que no toques nada.

—Que no pidas nada...

—Que no menches en los dits...

Y entre nubes de polvo desapareció el coche. Poco después llegaba a la ciudad y bajaba en casa de don Pedro.

Desde la masada, por teléfono, había sido avisada doña Petra, que ya esperaba al chiquillo, y lo recibió con el afecto de siempre. No era desconocida del todo la casa para Peret: por Navidades (cuando los arrendadores de don Pedro iban a ofrecer el present o regalo de Pascuas); a veces cuando las ferias de verano. Así es que, merced a la cordial acogida de la señora, Peret sintióse tranquilo, contento, al verse en aquella mansión, para él palacio de hadas. Un poco le extrañó el silencio de la noche, en su lecho mullido; pero se durmió pronto, y al siguiente día empezó una vida deliciosa: ver la ciudad despacio, entrar en templos magníficos, visitar tiendas maravillosas... Lo que más le fastidiaba era la comida: eso del tenedor y la cuchara, era bien molesto; pero aún era más horrible la servilleta: aquella servilleta blanquísima, que le ponían siempre, un tanto yerta, y que él no se atrevía a tocar.

—¡Impiarte los labios con ella—decía doña Petra.

—No, señora.

—¿Por qué?

—Porque la ensusiaré...

Pasaron los dos primeros días y el pequeño se iba familiarizando con aquella vida. Sobre una repisa del comedor había un relojito muy mono. Peret quedaba embobado mirando aquel objeto que tenía su ruidito misterioso, tic, tac, tic, tac..., y además, por un lado se veía una ruedecita silenciosa, luciente, que giraba dando pequeñas vueltas... A cada instante iba a contemplar el reloj, a escuchar el ruido y a mirar la ruedecita... Al día siguiente una vez se levantó Peret, se santiguó con doña Petra, y se hubo desayunado corrió a ver el reloj...

Frecuentemente repetía las visitas aprovechando que nadie le veía, y quedaba embobado mirando y oyendo. Pasó un nuevo día, y cuando al otro, a levantarse, corrió a ver la misteriosa cajita, ¡qué desconsuelo!, el reloj estaba silencioso y la ruedecita no se movía.

Peret se puso a llorar desconsolado. Por lo que, oyéndole doña Petra acudió a ver qué le pasaba. El chiquillo estaba hecho un mar de lágrimas.

—¿Qué te pasa, Peret? ¿Por qué lloras?

Peret no contestó; entre hipos y lágrimas señalaba el relojito.

—Pero, ¿qué te ha hecho el reloj? Peret pudo, al fin, decir:

—Se ha... se... se ha... muerto...

La carcajada de doña Petra le hizo la natural impresión. Se quedó del todo tranquilo, cuando le enseñaron la máquina, y dándole cuerda, se puso en marcha.

Peret fué al Colegio. Contra lo que esperaba, se encontró muy bien. Un maestro bondadoso, niños muy bien educados... todo contribuyó a que le tomase afición. Se perfeccionó en leer, escribir aprendió libros y mostró, a decir verdad, más buen deseo que talento. Lo que no se le podía quitar era el afecto de «lauraoret»; pero eso le daba cierta gracia y más simpatías.

Una mañana fué doña Petra a ver cómo se portaba el chico. El profesor no se mostraba descontento.

Por la noche, en casa, preguntó don Pedro:

—Vamos a ver, Peret, ¿quieres ir a pasar unos días en casa?

—Sí, señor.

—Pues antes me has de decir qué es lo último que has estudiado.

—Agricultura.

—A ver: ¿cuales son los animales que hay en una granja?

—El caballo... el asno... el toro...

—Adelante.

Gallinas, gallos, conejos...

—¿No te acuerdas de más?

—No, señor.

—Pues hay uno de mucha importancia... Aquel que come tanto... que devora las calabazas, que suele estar sucio... que se revuelca por tierra.

—¡Ah, sí; ya sé! ¡El chiquet de la Rita...!

CURIOSIDADES

El meteorólogo parisiense M. Meyer litch calcula que la cantidad de agua que el sol convierte en vapor solamente en el mar Mediterráneo dura te los días calurosos del estío, no baja de 5.280 millones de toneladas. Según esto, la cantidad de agua que en un día caluroso evapora el sol en todos los mares de las zonas templadas y tropicales, debe alcanzar la enorme cantidad de 245 billones de toneladas.

Imp. de M. Sintes Rotger. — Mahón